

Gregorio Martínez y Enrique Congrains: amistad y celebridad

VÍCTOR CAMPOS ÑIQUE

Markham y Bingham fueron amigos, pero no se conocieron. Gregorio Martínez y Enrique Congrains también hicieron amistad, pero no encontraron ocasión para estar frente a frente y conversar. Ambos dejaron este mundo para inscribirse con letras de oro en lo mejor de la literatura peruana.

Conocí a ambos, pero en circunstancias diferentes. Con Gregorio Martínez establecí una amistad de correspondencia vía correo electrónico. Todo empezó solicitándole una entrevista para un diario local de Chíncha y, en su mensaje de respuesta, me dio una grata sorpresa: había sido alumno de mi madre en el colegio “Simón Rodríguez” de Nasca. Incluso, la menciona en su libro *Diccionario Abracadabra. Ensayos de abecedario*. En la misma página, cita a otro familiar, amigo de Goyo, el doctor José Antonio Ñique de la Puente, jurista y político, exdecano del Colegio de Abogados de Lima. A Enrique Congrains lo conocí personalmente en Chíncha, porque vino a visitarme, aunque ya habíamos cruzado varios mensajes por correo electrónico.

Ambos escritores tienen un libro cuyo título lleva el nombre de una planta que es invasiva, agresiva y corrosiva. Martínez publicó *Tierra de caléndula*; Congrains, *Kikuyo*.

El primer libro de Goyo lleva dentro del título la palabra “tierra”, mientras que en el título del libro que Congrains le dedica a Martínez también lleva la misma palabra (*999 palabras para el planeta Tierra*).

En el libro de Gregorio Martínez *—El libro de los espejos. 7 ensayos a filo de catre—* se menciona a Congrains como el iniciador de la narrativa realista urbana. Además, en el prólogo que el escritor Miguel Gutiérrez hace en *Tierra de caléndula* se refiere muy

brevemente a Congrains. Este último dato me sirve para señalar que, cuando se realizó la presentación del libro de Congrains titulado *El narrador de historias*, dedicado a Mario Vargas Llosa, los presentadores fueron la poeta May Rivas y el narrador Miguel Gutiérrez.

Conversábamos con Congrains en mi casa y, mientras yo le mostraba una antología de la *Generación del 50* en la que él estaba incluido y cuyo autor era el crítico literario José Antonio Bravo, el autor de Lima, hora cero me indicaba una palabra perfectamente evitable en un artículo de Gregorio Martínez en el diario *Peru21*. El artículo era una crítica sobre la política de penalización de la hoja de coca. En el contenido, hacía referencia al libro *Kikuyo* y a su autor, pero en el mismo texto “Goyo” emplea la palabra “gilipollas”. Congrains me decía que Gregorio pudo prescindir absolutamente de esa palabra y acudir a otra. Congrains le escribió a Martínez sobre este asunto. “Goyo”, en una comunicación personal que me envió, me dice que merecía el jalón de orejas de Enrique por emplear aquella españolísima palabra.

Estoy en condiciones de dar fe que Congrains leía con fruición *El libro de los espejos. 7 ensayos a filo de catre* de Gregorio Martínez. Solía decirme que era un libro erudito y aludía a la destreza del autor para narrar los hechos. Tengo que señalar que la edición que leía Congrains era la de Peisa del 2004, aunque hace poco la misma editorial acaba de reeditarla en formidable diseño.

El libro lo tenía asombrado a Congrains, pero creo que no llegó a leer otro libro erudito de Gregorio que hubiera despertado más

su admiración como el *Diccionario Abracadabra. Ensayos de abecedario*, libro que obtuvo el primer puesto en la I Bial de Ensayo “Premio Copé Internacional”.

Asimismo, cuando preparé una reunión fugaz de alumnos y docentes para que puedan conocer a Enrique Congrains, les recomendé que leyeran antes un libro que solía cargar en su maletín y leer en sus viajes: *Canto de sirena*.

Congrains escribió *El narrador de historias*, dedicado a Mario Vargas Llosa como gesto de gratitud por el prólogo que el Premio Nobel de Literatura le escribió a su novela *No una, sino muchas muertes*. Del mismo modo, por la gran admiración que le tenía a Gregorio Martínez, escribió la novela *999 palabras para el planeta Tierra* con una dedicatoria que lo dice todo: “Para mi amigo, el gran escritor peruano Gregorio Martínez, por él mismo, por su obra y por su tierra Nazca”.

999 palabras para el planeta Tierra es un libro que muchos consideran de ciencia ficción. Así lo señala, por ejemplo, el escritor Daniel Salvo en una reseña sobre el libro. Recuerdo que, en una conferencia que ofreció en una conocida librería limeña, un asistente se acercó a Enrique y le dijo que, por el título, sospechaba que era de ciencia ficción, y le preguntó si ya había abandonado la corriente del realismo urbano. Congrains, muy calmado, le respondió lo siguiente: no es de ciencia ficción y le recomiendo que lea bien el libro. Se dará cuenta de que todos los datos que aparecen en la novela son reales.

En efecto, en un mensaje que me envía Congrains mucho antes de publicarse el libro, señala que la novela no es de ciencia ficción e incluso ese “no” lo escribe con mayúscula como para enfatizar lo expuesto. En la novela, los nombres de personajes, libros, lugares, comidas y otras referencias son absolutamente comprobables. Se menciona, por ejemplo, al reconocido historiador nasqueño y gran amigo de Gregorio Martínez, Josué Lancho Rojas.

Congrains era muy exhaustivo para escribir sus libros. Esta novela no era la excepción. Me escribió pidiéndome que le ayude con datos sobre la geografía del desierto iqueño y sobre el paisaje en donde se ambientaría la novela. Además, tenemos que recordar que Enrique fue un trotamundos latinoamericano.

La novela se ambienta en la carretera de Nasca, en donde la nave editora, que publicará una Gran Enciclopedia Intergaláctica, aterriza y deja un mensaje para la humanidad a través de uno de los personajes que es Toribio Huaita Quincho, profesor de la zona que, según el escritor José Donayre Hoefken, tiene “pinceladas” de la descripción de Gregorio Martínez.

Gregorio Martínez estaba halagadísimo de que Congrains le haya dedicado una novela como la que escribió con tanta pasión y con tanta cultura. El mejor homenaje para ambos sería leer y releer sus obras y los textos en los que se mencionan.

La amistad entre Enrique Congrains y Gregorio Martínez nos deja una hermosa lección: el respeto, el aprecio y la admiración recíproca se hizo fructífera en la literatura e ilumina con la luz del conocimiento a sus lectores.

Así como Damón y Pitias, aquellos amigos griegos, la amistad entre Enrique Congrains y Gregorio Martínez quedará perennizada para la historia como una de las más acrisoladas y nobles de la literatura peruana.

Acudamos puntuales y con inmensa alegría al banquete de la lectura y deleitémonos con los sabrosos y succulentos textos de Gregorio Martínez y la enjundiosa y sustanciosa prosa de Enrique Congrains, pues en la variedad está el gusto. Con semejante potaje en la mesa como son los libros de Enrique Congrains y Gregorio Martínez quedaríamos no empachados, sino más que satisfechos, extasiados del sublime aroma que proporciona la buena literatura. Como diría un buen amigo, el poeta Antonio Cisneros: provecho y servido.